

Exilios en nuestra historia contemporánea

— Notas comunes y específicas —



*Aves que vais hacia la patria mía
como van mis suspiros lastimeros,
llevadle el beso que mi amor le envía.
Oh patria mía, en fin, patria querida!
¿Cuándo volveré a ti, cuando en tu seno
podré de nuevo alimentar mi vida?...*

CARLOS RUBIO

La suerte de nuestros expatriados está sellada por este destino histórico: tratados generalmente como prisioneros de guerra... perseguidos siempre. (En la imagen, refugiados catalanes llegan a la frontera francesa y son controlados por la gendarmería gala).

Germán Ojeda

EL año 1977 cierra una etapa en la historia contemporánea de España con la llegada de los últimos exiliados. Victoria Kent, José Maldonado, Tellesforo Monzón, Enrique Líster, Federica Montseny, Josep Tarradellas, Dolores Ibárruri, son algunas de las personas ilustres que han vuelto ahora, después de casi cuarenta años de alejamiento de la patria. Por su significación y oportunidad, el acontecimiento va a impulsar —lo está haciendo ya— los estudios sobre nuestro exi-

lio republicano. Pero, también, porque muchos aspectos todavía no han sido suficientemente analizados, lo cual favorecerá sin duda las investigaciones, que —como señalaba recientemente el profesor Tuñón de Lara— en lo referente a la «vida cotidiana» de los expatriados (1) y a su «acción política» están muy atrasadas.

(1) Aunque hay algunos estudios concretos muy valiosos. Por ejemplo, el libro de Vicente Lloréns, «Memorias de una emigración. Santo Domingo 1939-1945», Barcelona, 1975.

EMPERO, el objetivo que aquí se pretende es bien distinto, a saber: aportar algunas notas ordenadas que nos aproximen a una comprensión más global del fenómeno emigratorio en nuestra historia contemporánea. Porque ciertamente, el exilio republicano —que el poeta Jorge Guillén llamó «destierro»— no es único. Aquí trataremos de estudiarlo en relación con dos emigraciones anteriores bien conocidas. Una, durante la época absolutista de Fernando VII (1814-1820 y 1823-1833), que en conjunto duró cerca de dos décadas. Otra, asimismo, la emigración mucho más breve que iría desde 1865/66 hasta la Revolución de Septiembre de 1868 (2).

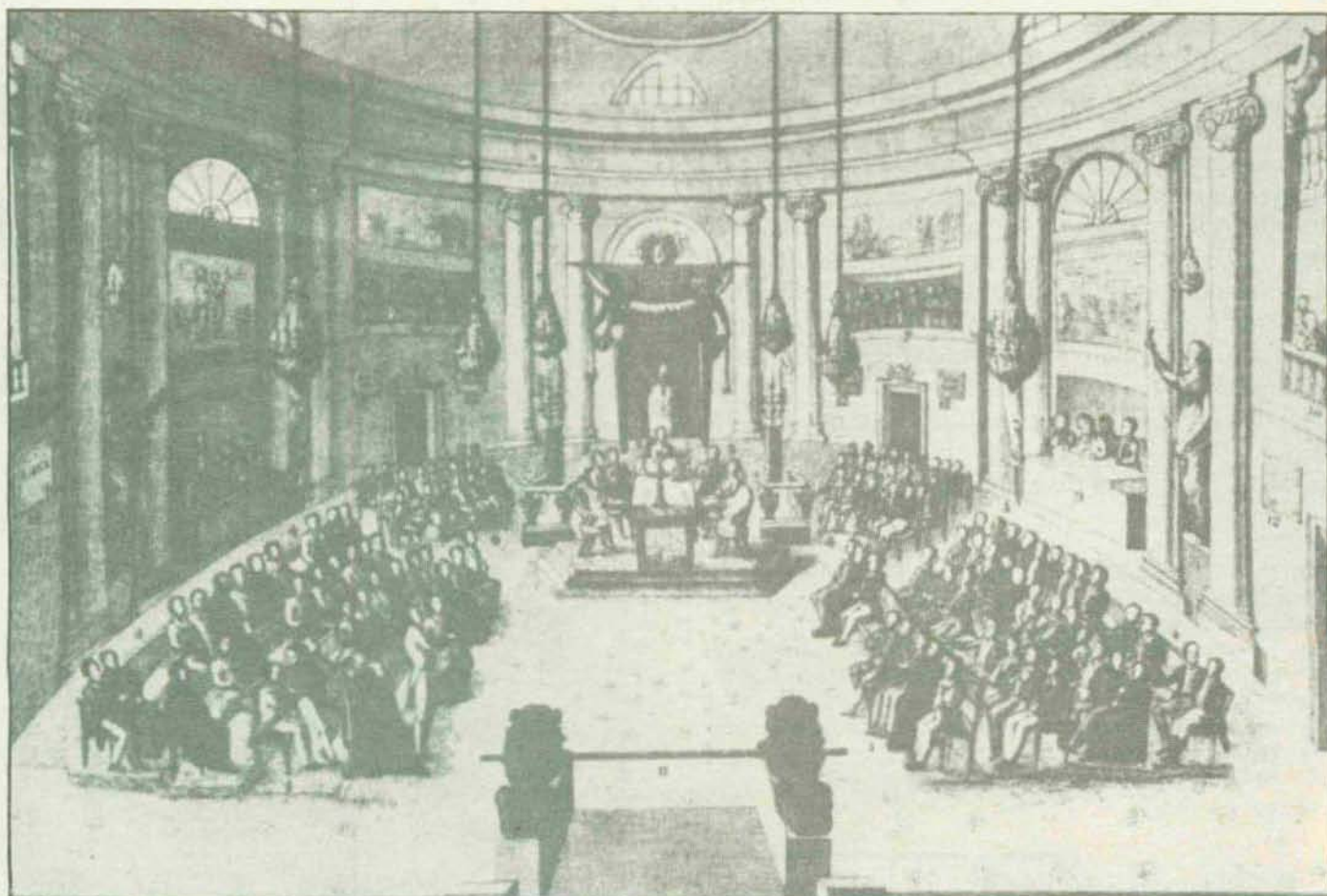
HISTORIA Y EMIGRACION

Uno de los conceptos más socorridos para explicar nuestro pasado es el de **las dos Españas**, enfrentadas frontalmente sin remedio. Cris-

(2) Desde ahora a esta emigración de la década de 1860 la llamaré, para entendernos, **progresista**. Bien entendido que no todos eran progresistas, empleando el término en sentido estrictamente político: había también demócratas, e incluso en el 68 se exiliaron odonnellistas. Al primer exilio lo llamaré **antiabsolutista**, preferentemente.

tianos viejos/nuevos, absolutistas/liberales, rojos/negros, son las dos caras de esta maltrecha **figura nacional** siempre en oposición, pocas veces reconciliada. En realidad hay que constatar que la polarización se **agudiza una** vez dejamos atrás el umbral de la modernidad, cuando el absolutismo entra en crisis minado por nuevos ideales, ya en la primera década del 1800. Es sobre todo desde entonces que nuestra historia se «hace a empujones». A épocas sinceramente radicales suceden momentos profundamente reaccionarios. Efectivamente, es cierto que «desde las Cortes de Cádiz el país quedará escindido en dos bandos: constitucionales y absolutistas. Esos dos bandos, con nombres diferentes, perviven en la conciencia española a través de todo el siglo XIX y llegan hasta nuestros días» (3). Pero no solamente eso: más allá de «pervivir en la conciencia», va a ser el motor que empuje hacia la emigración a los **otros** españoles (que, por cierto, siempre han sido los mismos. Como llegó a decir Larra, «ser liberal en España es ser emigrado en potencia»). Por lo demás, la

(3) V. Álvarez Villamil y Rodolfo Llopis, *La Revolución de Septiembre. De la emigración al poder*, Madrid, 1929, págs. 29, 30.



Restablecida la Constitución en 1820, los liberales españoles forman dos grupos que en adelante van a jalonar —con otros nombres, con nuevos matices— toda la historia del siglo XIX. (El grabado representa a las Cortes durante el trienio constitucional (1820-1823)).

secuencia puede seguirse con regularidad: 1814-1823-1866-1939, siempre cuando la reacción asume el poder.

CARACTERÍSTICAS COMUNES A LAS TRES EMIGRACIONES

1. Los versos que encabezan este trabajo nos dan una clave —si no la primera sí la más emotiva— común a todos los emigrados: su **amor a España**, tantas veces puesto de manifiesto. No podía ser de otra manera, cuando precisamente su salida de la patria se explica en función de esa preocupación por ella. Hay numerosísimas y conmovedoras anécdotas que confirman lo que decimos, pero sirva de botón de muestra el caso de D. Ruiz Zorrilla —uno de los exiliados «progresistas»— que después de veinte largos años de exilio, y estando a punto de morir, los médicos no encontraron otra medicina salvadora que llevarle a España (4). Una vez aquí tuvo tiempo de recobrar la salud por algún año más.

Obviamente, el deseo de **volver a la patria** llega a ser algo más que una obsesión: la contrafigura del propio destino de exiliado.

2. Una segunda característica común fácilmente constatable es su **animadversión al absolutismo, al moderantismo, o al franquismo**.

Como ha escrito Vicente Lloréns, «una de las pocas cuestiones en que los emigrados de todos los grupos políticos se manifestaban unánimes era en la necesidad de derrocar a Fernando VII» (5). Pero lo mismo podría escribirse de otros períodos: en 1867, después del fracaso de la intentona revolucionaria del mes de agosto, Prim escribió en el llamado «Manifiesto de Ginebra»: «ni un solo día abandonaré esta actitud (revolucionaria) mientras los gobiernos españoles sigan siendo verdugos de su patria y el escándalo de la civilizada Europa» (6). El 21 de junio de 1977, en París, José Mal-

donado firmó lo que se conoce con el nombre de «Declaración de la Presidencia del Gobierno de la República Española en el exilio». En ella podía leerse: «las instituciones de la República Española en el exilio realizaron, por todos los medios a su alcance y con diversa fortuna, una acción ininterrumpida que no habría de cesar mientras a los españoles no se nos brindara la ocasión de hacer surgir una nueva legalidad democrática».

3. Un poco como consecuencia del punto anterior es el hecho de que se los trate de **presentar en el interior del país como enemigos de la patria**, y tendiendo siempre a hacer **referencia a ellos como un todo único**. En realidad las diferencias entre los emigrados son notorias, y no sólo sociales sino, especialmente, políticas. Pero para el propósito que anima al poder la simplificación es el mejor procedimiento, recurriéndose al manejo de adjetivos reduccionistas y globalizadores —afrancesados o masones o comunistas— para caracterizar a los «antipatrias». Todavía más, procuran rodear sus vidas con el fantasma de la corrupción. La leyenda del «oro de Moscú» nos es bien conocida, por reciente, como para recontarla. Pero ni es una historia nueva, ni tampoco original: como cuentan Villamil y Llopis (7), un minis-

(7) *Ibidem*, pág. 169.



(4) En realidad fue decisión de un médico español que le conocía bien, oponiéndose a los doctores franceses, que no veían salvación posible para el enfermo.

(5) Vicente Lloréns, *Liberales y Románticos. Una emigración española en Inglaterra 1823-1834*, 2.^a ed., Madrid, 1968, pág. 98.

Hay que decir que Lloréns es quien más y mejor ha estudiado nuestras emigraciones políticas.

(6) Álvarez Villamil y R. Llopis, *op. cit.*, pág. 417.

Es cierto que «desde las Cortes de Cádiz el país quedará escindido en dos bandos: constitucionales y absolutistas». Esos dos bandos, con nombres diferentes, perviven en la conciencia española a través de todo el siglo XIX y llegan hasta nuestros días».

tro odonnellista llegó a decir en pleno Parlamento que Las Repúblicas Hispanoamericanas ayudaban económicamente a los revolucionarios españoles.

Por el contrario, son características entre los emigrados las «cajas de ayuda», bolsas de empréstitos abiertas entre los propios expatriados para socorrer a los más pobres.

En realidad, no diríamos toda la verdad si omitiésemos que Luis Felipe de Francia llegó a financiar empresas de los liberales. Concretamente, le entregó a Mina una suma para los preparativos de invasión que estaban realizando en 1830. Asimismo, bajo la dirección de Wellington, se organizó una ayuda oficial del gobierno inglés a los emigrados en Londres, lo cual no evitó que algunos vivieran «como gitanos» (8). Apurando los paralelismos podríamos hablar de la buena acogida que México (Lázaro Cárdenas) dispensó a los emigrados republicanos.

Pero de lo dicho sólo se deriva una conclusión válida: estas ayudas fueron coyunturales, escasas, y, en muchos casos, simbólicas.

4. Puede entenderse fácilmente que sufrieran la emigración los **hombres más aptos del país**. Ya se han valorado suficientemente las «pér-

didas» que supuso el exilio republicano en el campo cultural o científico, lo que ha permitido hablar de «anécdotas culturales» (9) al valorar la vida intelectual española de las últimas décadas. Pero así sucedió igualmente en los anteriores períodos: Lloréns escribe que España se vio «privada de quienes podían contribuir más eficazmente a su reconstrucción» (10).

Los ejemplos podrían multiplicarse: Goya y Picasso, Espronceda y Alberti, Torrijos y Prim (11). Políticos, escritores, incluso hombres de negocios.

5. Uno de los capítulos más importantes es el referido a la **actuación política** de los exiliados, que adecuándose a las características específicas de cada época presentan rasgos generales bien definidos, con un objetivo común muy preciso: acabar con el sistema de gobierno imperante en España.

Antes nos hemos referido a las instituciones de la República en el exilio, pero también los expatriados de 1823 o de 1866 supieron organizarse de cara a coordinar esfuerzos frente al régimen que los confinaba. Se crearon Juntas (Mina, Torrijos) mucho antes de que la izquierda española crease la reciente y casi olvidada «Junta Democrática». Se aunaban esfuerzos: Asamblea de Ostende (12), Contubernio de Munich en 1962, Acuerdo de París en 1830.

(9) Alfonso Sastre, *La cultura española en el siglo XX*, Especial «Triunfo» n.º 507 de 17 junio 1972. Contiene, además, aportaciones muy estimables.

(10) *Liberales y Románticos...*, op. cit., pág. II.

(11) Ahora que tanto se habla del papel del ejército, me parece oportuno citar aquí unas palabras de Castelar, pronunciadas en un debate de las Constituyentes del 1869-70: «cuando los hombres más ilustres de Europa me han dicho que (el ejército) se sublevaba muchas veces, yo les he dicho: Pues precisamente esa es su gloria: sublevación fue la de Daoiz y Velarde, que no reconocen la alianza francesa con los Borbones y nos dio la honra de la patria...; sublevación fue la de Riego, y aquella sublevación difundió el régimen constitucional por toda Europa...; sublevación fue la del sargento García, y merced a aquella sublevación renació entre nosotros el sistema constitucional; sublevación fue la de Espartero, y merced a ella abolimos los diezmos y dimos el golpe de gracia al poder político de la Iglesia; sublevación fue la de O'Donnell, y merced a ella comenzó este torrente democrático que hoy nos impulsa; sublevación ha sido la del general Serrano, la del brigadier Topete, la del general Prim, pero merced a esta gran sublevación la monarquía se ha hecho imposible en nuestra patria... Esas sublevaciones son los grandes jalones que van señalando el progreso de España. Citado por Villamil y Llopis, op. cit., pág. 78. Y Carlos Rubio ha escrito que «la libertad en España ha nacido con gorro de cuartel». *Ibidem*, pág. 114.

(12) Siempre se subraya su paralelismo con el «Pacto de San Sebastián», porque ambos tenían un objetivo bien marcado: acabar con el régimen. Pero hay que convenir que en agosto de 1866 se acordaron otras cosas que se centraban en los problemas propios de la emigración; por ejemplo, se creó una «Caja Patriótica» para socorrer a los emigrados más necesitados.





Un aspecto muy directamente relacionado con la labor política de los expatriados son sus actividades culturales, que no sólo van a servir para coordinarse entre ellos a través de gacetas, hojas, folletos, etc., sino que, muy especialmente, van a tratar de conectar con la oposición interior del país y, asimismo, propiciar un clima internacional favorable a su causa. (En la foto, Victoria Kent).

Naturalmente, la diáspora originó en los primeros años confusión, siempre superada después de algún tiempo. Vicente Lloréns nos cuenta (13) cómo las actividades políticas de los exiliados del absolutismo fernandino tuvo dos etapas claramente distintas: primero hasta 1830, en que se reorganizan las fuerzas, y un segundo momento después de esta fecha en que la actividad de oposición política crece en organización y en combatividad. Pero otro tanto —aunque, claro está, con otras fechas— podría decirse de las emigraciones posteriores. Así, para la emigración progresista, 1867 es un año clave en el grado de coordinación, y, de igual manera, para los exiliados republicanos, el final de la segunda gran guerra supone la posibilidad de ocuparse directamente del franquismo.

6. Un aspecto muy directamente relacio-

(13) *Liberales y Románticos...*, op. cit., pág. 90.

nado con la labor política de los expatriados son sus **actividades culturales**, que no sólo van a servir para coordinarse entre ellos a través de gacetas, hojas, folletos, etc., sino que, muy especialmente, van a tratar de conectar con la oposición interior del país y, asimismo, propiciar 'un clima internacional favorable a su causa.

No habrá que esperar a estas últimas décadas para encontrarse con folletos clandestinos. Aunque en 1860 los partidos políticos, aún incipientes, no tenían órganos de expresión propios ya circularon desde 1867 unas hojas —«Correspondence d'Espagne»— que redactaban Sagasta, Carlos Rubio y Ruiz Zorrilla, y que una vez traducidas eran enviadas a periódicos europeos. Su objetivo era «desenmascarar al gobierno, combatir sus actos... hacer que se ocupen de España en el extranjero» (14).

Muy conocida como centro cultural para los emigrantes antiabsolutistas fue la Librería Salvá, situada en pleno centro de Londres. Y conviene subrayar que se nutría principalmente de la Imprenta Española, de Calero y Portocarrero, establecida también por entonces en la capital inglesa. Pues bien, hoy todavía funciona en París —aunque con el cambio de situación política se habla de su posible traslado a Barcelona— la editorial Ruedo Ibérico. Fundada en 1961 por una serie de políticos e intelectuales españoles, fue durante estos últimos años algo más que un centro cultural: «la meca del antifranquismo», como muy bien se ha dicho.

7. Anteriormente hemos aludido a las **diferencias políticas de los exiliados**. Es otra constante de las tres emigraciones, que obedece a factores principalmente históricos y sociopolíticos.

Ya desde la primera emigración de 1814, éstos se dividen en afrancesados y doceañistas (15). Restablecida la Constitución en 1820, los liberales españoles forman dos grupos que en adelante van a jalonar —con otros nombres, con nuevos matices— toda la historia del siglo XIX: los moderados y los exaltados. Los viejos constitucionalistas de 1812 los primeros, jóvenes autores del levantamiento del 20 los segundos. Letrados y oradores aquéllos, militares y hombres de acción éstos. Para los mode-

(14) Villamil y Llopis, op. cit., pág. 281.

(15) José Luis Abellán, 1814: los exiliados del absolutismo, «Triunfo» n.º 509, 1 julio 1972. Aquí el autor propone llamar a los afrancesados «josefinos», en base a que «afrancesado es todo nuestro siglo XVIII, empezando por el mismo Felipe V», pág. 28.

rados la restauración constitucional es el fin de sus objetivos, para los liberales exaltados es el punto de partida.

En 1867 Prim, progresista, habla siempre de hacer «política fina» (16), es decir, alcanzar la revolución —para él se trata de un cambio de dinastía, no de régimen— para el pueblo pero sin el pueblo. Dentro del propio partido progresista, los esparteristas lanzan su consigna «cúmplase la voluntad nacional». Voluntad nacional que los demócratas —más a la izquierda— esperan hacer coincidir con la República.

Referir la situación política del exilio último es constatar continuamente diferencias. Leyendo las declaraciones hechas por los que han regresado en 1977 podría obtenerse un mosaico bastante aproximado de las diversas posturas (17).

Finalmente, constatar cómo todos —en mayor o menor grado, conviene matizarlo—, una vez **vueltos a España, cedieron bastante en sus planteamientos doctrinales**, adecuando su práctica política a toda una serie de compromisos concretos. Un ejemplo revelador: la aceptación hoy por el Partido Comunista de la monarquía, cuando es por necesidad o por definición republicano. Más muestras: Prim acaba de olvidar su consigna —hagamos «política fina»— porque ante los sucesivos fracasos de las intentonas revolucionarias sólo cabe el recurso de apoyarse en el pueblo. O, más todavía, y como ha escrito Vicente Lloréns refiriéndose al exilio antiabsolutista: «los liberales de 1834 (en el poder) no parecían acordarse demasiado de Riego y de su glorioso levantamiento. La vida política proseguía su rumbo inexorable sin grandes consideraciones hacia muertos ni ausentes» (18).

8. Conscientemente he querido dejar para el final las consideraciones sobre la situación política internacional, referencia obligada al hablar de este tipo de emigraciones. Opción que no es caprichosa, pues con ello se pretende resaltar la importancia que en el devenir de los exiliados tiene de hecho el contexto internacional en que se sitúan.

En este sentido hay unos párrafos de Lloréns (19) que es obligado transcribir, dice así: «(en



En realidad las diferencias entre los emigrados son notorias, y no sólo sociales, sino, especialmente, políticas. (En la imagen, Federica Montseny Mañé, que llegaría a ser Ministro de Sanidad y Asistencia Social con la República).

1820) el triunfo del liberalismo español representaba el primer golpe asestado contra el sistema político impuesto por la Santa Alianza tras la derrota final de Napoleón..., **Un singular destino parece dirigir la historia española a contratiempo de la europea**. Tolerantes en la Edad Media, cuando el fanatismo domina en todas partes; intolerante en la Moderna, cuando surge en Europa el libre examen; oscurantista, cuando los demás ilustrados. En el siglo XIX España dio en ser liberal cuando la reacción absolutista trataba de sofocar en el continente el menor brote revolucionario». 1820, 1866, 1939, son pues fechas dominadas por el absolutismo o la reacción. La suerte de nuestros expatriados está sellada por este destino histórico: tratados generalmente como prisioneros de guerra (1823, 1940), perseguidos siempre (Prim va con nombre falso de Ginebra a Bruselas, luego a Londres, de aquí a París). Más aún, van a verse obligados a participar en las luchas que se desarrollan en Europa: «la revolución de julio de 1830 (en Francia) contó con nuestros emigrados entre los

(16) Villamil y Llopis, *op. cit.*, pág. 119. Citado también por Josep Fontana en su libro *«Cambio económico y actitudes políticas en la España del siglo XIX»*, 2.ª ed., Barcelona, pág. 123.

(17) Sería muy interesante y oportuno un estudio, detallado y sistemático, de sus planteamientos, evolución, etc.

(18) *Liberales y Románticos...*, *op. cit.*, pág. 57.

(19) *Ibidem*, págs. 12 y 14 (subrayado mío).



El movimiento de 1939 es un éxodo multitudinario, masivo; cerca de medio millón de españoles traspasan las fronteras. Al ser un hecho de masas es obvio que la emigración republicana se distingue de las otras en sus aspectos socio-económicos. Los emigrados de 1939 en su inmensa mayoría carecían de recursos.

que se movieron en su preparación y desarrollo: recordemos a Andrés Borrego asaltando el Hôtel de Ville, a Balbino Cortés, a Espronceda» (20). Por otra parte, recordar la lucha de los republicanos en la II Guerra Mundial, los campos de concentración donde estuvieron, etc., es confirmar este trágico destino de nuestros exiliados (21), atrapados siempre en

unas circunstancias internacionales adversas (22).

PECULIARIDADES ESPECIFICAS

Tratar aspectos que diferencien una emigración concreta de las otras, que particularicen unos movimientos emigratorios con caracte-

(20) A. Alcalá Galiano. *Obras Escogidas*, B. A. E., Madrid, 1955, pág. 23.

(21) Pueden consultarse los números 3, 12, 20, 21, 24, entre otros de «Tiempo de Historia».

(22) Y no sólo a escala europea. Recuérdese la emancipación americana y lo que afectó a los expatriados antiabsolutistas, imposibilitados para salir de Europa.

ísticas propias, es tarea más compleja. La razón es simple: los puntos de coincidencia son siempre mayores, porque, naturalmente, los procesos por los que discurren se enmarcan en unas coordenadas sociohistóricas afines.

Claro que un análisis metodológico riguroso sin duda podría perfilar más justamente estas diferencias, que, en cualquier caso, vamos a considerar, partiendo del supuesto de que la emigración republicana es aquella que más novedades introduce.

1. Destacadamente, la nota específica más sobresaliente que distingue a estos tres exilios es de orden cuantitativo: el movimiento de **1939 es un éxodo multitudinario, masivo**: cerca de medio millón de españoles traspasan las fronteras. En cambio, no puede decirse otro tanto de la expatriación antiabsolutista, aunque es necesario subrayar que no fue asunto de élites politizadas precisamente, como sucedió generalmente con la emigración progresista.

Bien entendido que el exilio de 1814-23 es cuantitativamente elevado. Del mismo modo que sucedió en el éxodo republicano, la razón básica de que ambas emigraciones fuesen numerosas se debe a que gran cantidad de españoles pierden una guerra civil, lo que va a provocar el obligado «destierro» (23).

2. Al ser un hecho de masas es obvio que la emigración republicana se distingue de las otras —notoriamente, otra vez, del exilio progresista— en sus aspectos socio-económicos.

Los emigrados de 1939 en su inmensa mayoría carecían de recursos. La emigración antiabsolutista «la componían representantes de todas las capas sociales, aunque predominando con mucho los grupos intermedios y profesionales: militares, abogados, sacerdotes, comerciantes, literatos, médicos...» (24). Finalmente, aunque también es cierto que hubo gente sin recursos entre los expatriados progresistas (al objeto de socorrerlos se crearon entonces por las distintas capitales europeas las «Cajas Patrióticas») la gran mayoría era gente acomodada.

3. La geografía de la emigración cambia igualmente. Si en los éxodos del siglo XIX

(23) No sólo Jorge Guillén ha usado este concepto para caracterizar el exilio del 39. También el profesor Tuñón lo maneja al referirse al exilio republicano. Según él es **destierro** porque los emigrados no tendrían otra opción. Ahora bien, siguiendo el razonamiento, creo que igualmente podría considerarse **destierro** el de los exiliados antifernandinos.

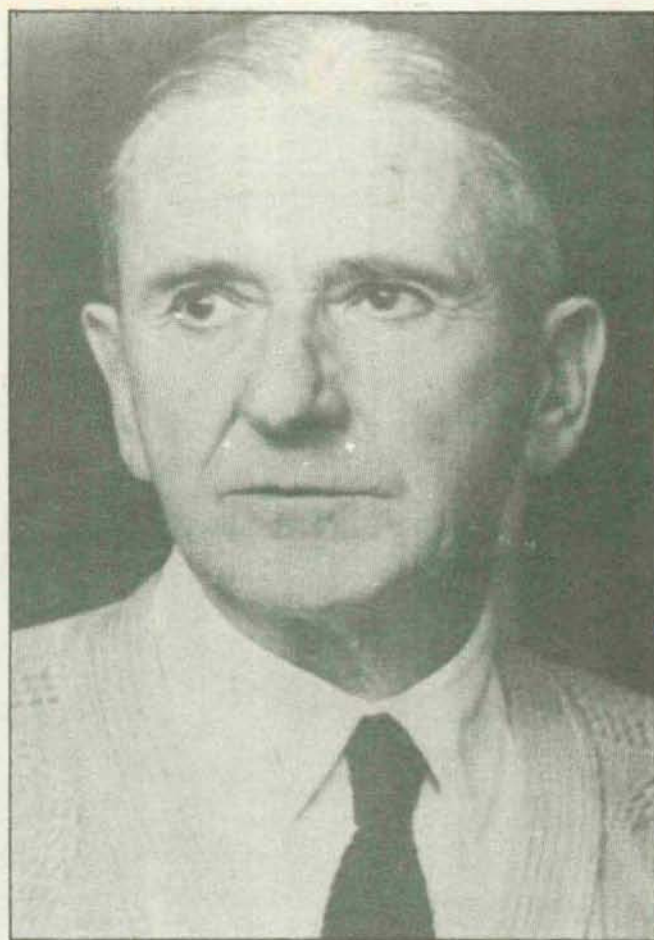
(24) Lloréns, op. cit., pag. 24.

Europa —Inglaterra, Francia, Bélgica, Portugal, por citar los países más relevantes— es el centro único receptor, los **exiliados republicanos** van a extenderse también por América.

Realmente, los emigrados progresistas no salieron de Europa por sentido de la oportunidad política, en cambio, los antiabsolutistas no lo hicieron por obligación, ya que los países llamados hispanoamericanos estaban en pleno fervor independentista por aquellas fechas.

Se ha especulado mucho al analizar el papel y la incidencia de la emigración republicana a los países latinoamericanos de habla española. Comentarios de este tono no son excepcionales: «la llegada en masa de los refugiados republicanos a México, así como a otros países de América Latina, fue, desde los tiempos de la colonización, el hecho más significativo en la influencia española en América» (25). Incluso se llegó a afirmar que este exilio creó un «mezclaje intelectual». Quizá sea una afirmación exagerada, pero pone de manifiesto algo por cierto bien sabido: la inestimable aportación

(25) Juan García Durán, *Los exiliados en México*, «Tiempo de Historia» n.º 37. Diciembre 1977, pág. 33.



Puede entenderse fácilmente que sufrieran la emigración los hombres más aptos del país. (Telesforo de Monzón en su época de presidente de la asociación «Anai Artea»).

cultural de los muchos intelectuales republicanos a estos países.

4. Una cuarta consideración a tener en cuenta viene determinada por los años de exilio transcurridos. Breves los del siglo XIX en relación con la última expatriación, que dura cerca de cuarenta años, esto explica mejor que cualquier otra razón el hecho de que algunos de nuestros exiliados republicanos vuelvan a su país de exilio y de adopción al no adaptarse ya, ni física ni profesionalmente, a su patria. Este sería el caso de los profesores Wenceslao Roces —que volvió a México después de haber sido elegido senador— y Claudio Sánchez Albornoz. Incluso podría citarse también dentro de este apartado al historiador y maestro Manuel Tuñón de Lara, que sigue trabajando en la Universidad francesa de Pau, aunque parece ser que pretende instalarse en España.

5. A la hora de hacer un **balance político** de la emigración de 1939 el profesor Juan Marichal considera —oponiéndose a la tesis de Fidel Miró— que en conjunto fue positivo «porque es manifiesto que el exilio republicano ha incidido constantemente en la trayectoria política del Régimen caudillista desde 1939» (26).

(26) Juan Marichal, *36 años de exilio*, «Historia 16», n.º 5, pág. 36.

Pues si esto es así, más favorable y positivo resultaría sin duda el balance de los exiliados del siglo XIX, porque de regreso a su patria, estos hombres ocuparían los organismos de gobierno.

Es esta precisamente la distinción final más sobresaliente que queríamos aportar: que mientras los exiliados del XIX regresan a la patria para acceder directamente al poder, los hombres de 1939 deben conformarse a su vuelta con poder seguir haciendo política dentro de su propio país.

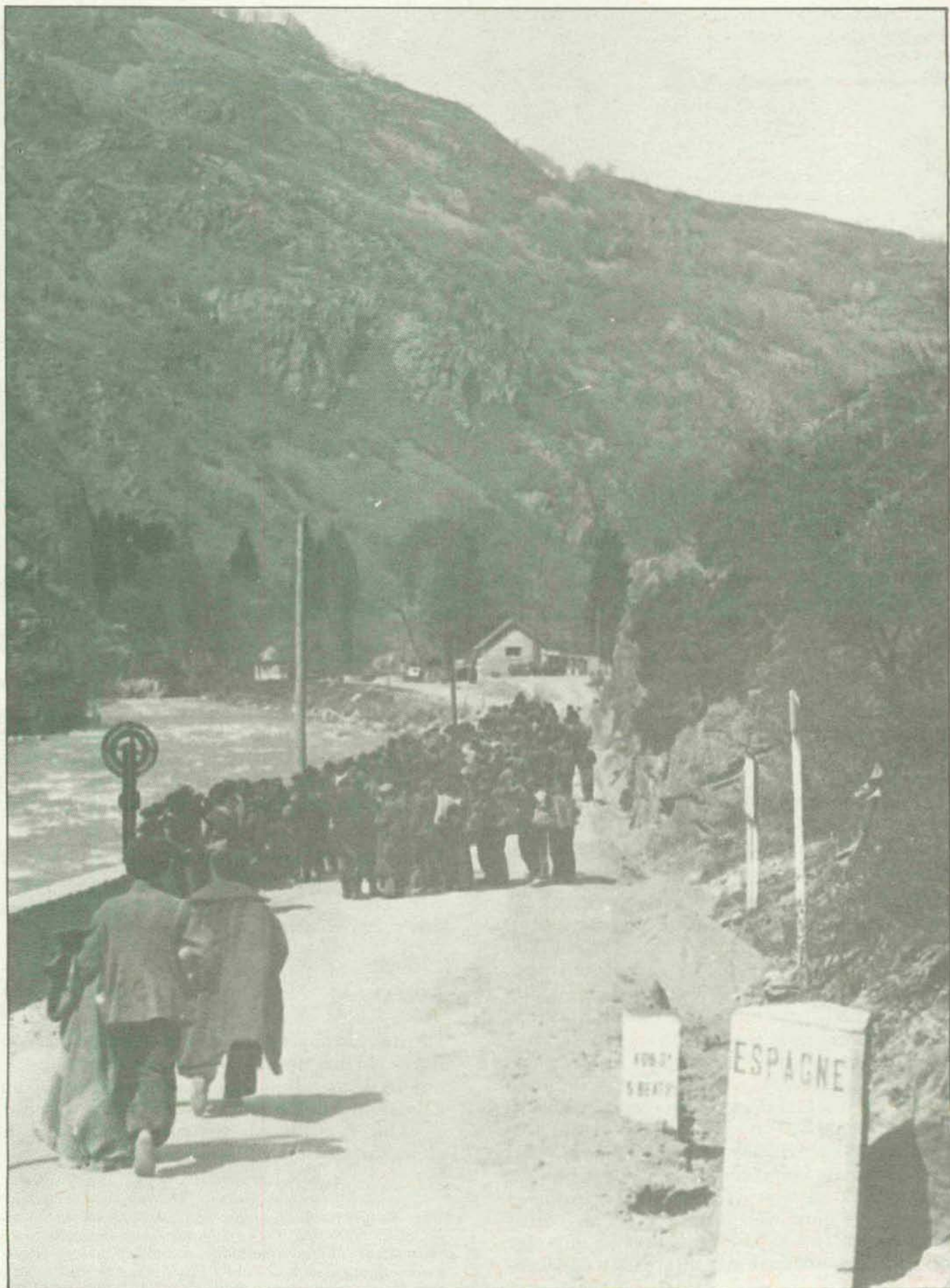
Esta constatación fue en cierto modo una sorpresa para la oposición del exilio republicano, que hasta hace bien poco preveía a través de la ruptura su salto directo al poder.

Estos procesos tienen, naturalmente, su propia lógica interna, pero a veces presentan interesantes relaciones para el análisis. Leyendo en el texto de Carr (27) las páginas donde se estudia el período 1823-34, uno se sorprende al encontrar tanto paralelismo entre aquella situación histórica y la que estamos viviendo: crisis política (entonces el carlismo, hoy el cambio de régimen), crisis económica (necesidad de un nuevo modelo de desarrollo) e institucional (nueva constitución). El profesor in-

(27) Raymond Carr, *España 1808-1939*, 2.ª ed., Barcelona, 1970, págs. 152 a 173.



Uno de los capítulos más importantes es el referido a la actuación política de los exiliados, que adecuándose a las características específicas de cada época presentan rasgos generales bien definidos, con un objetivo común muy preciso: acabar con el sistema de gobierno imperante en España. (En la foto, Lister).



Una consideración a tener en cuenta viene determinada por los años de exilio transcurridos... Esto explica mejor que cualquier otra razón el hecho de que algunos de nuestros exiliados republicanos vuelvan a su país de exilio y de adopción al no adaptarse ya, ni física ni profesionalmente, a su patria.



Finalmente; constatar como todos, en mayor o menor grado, conviene matizarlo, una vez vueltos a España, cedieron bastante en sus planteamientos doctrinales, adecuando su práctica política a toda una serie de compromisos concretos. (En la imagen, Tarradellas, cuando formaba parte del Gobierno de la Generalidad, en unión de Companys).

glés escribe, entre otras muchas cosas que nos evocan el paralelismo: «Fernando VII fomentó el progreso material como sustituto del liberalismo; ello era posible en un régimen de silencio donde no había periódicos, sino gacetas oficiales... En último término el progreso y el despotismo habrían de mostrarse incompatibles» (28).

Sin duda podría ser este un perfecto texto para caracterizar al franquismo... Pero cuando murió Franco dejó escrito que todo estaba «atado y bien atado»; Fernando VII, por el contrario, pensaba que a su muerte el tapón de la botella iba a «salir disparado». En realidad ambos habían gobernado tantos años y tan despóticamente que llegaron a creer que sus sistemas eran eternos. Pues bien, eso pensaron también sus sucesores, Cea Bermúdez («fiel servidor del único sistema que conocía, el despotismo ilustrado») (29), o Arias Navarro (fiel servidor del único sistema que conocía, el franquismo). El paralelismo ya no se debe seguir forzando; las diferencias empiezan a aparecer más claras desde ahora: en 1833 los sectores en el poder no supieron adecuar sus intereses a la situa-

ción o la situación a sus intereses, cosa que en cambio sí sucedió ahora. Así que Martínez de la Rosa, antes exiliado en París, subió al poder, mientras que hoy Suárez, antiguo ministro del partido único, ocupa la jefatura del gobierno (30).

Por lo demás, los sucesos de la Revolución de Septiembre son bien conocidos y van a suponer el acceso directo al gobierno de los exiliados progresistas.

EPILOGO

He querido dejar para el final tres aspectos **menores** —pero no por ello menos adecuados al objeto de estudio— que también caracterizan a una emigración y no a otras. Concretamente, el exilio republicano tuvo la oportunidad de conectar con los trabajadores españoles que

(30) Martínez de la Rosa hizo aprobar un texto constitucional (el Estatuto Real, en esencia una Carta Otorgada) cuyo objetivo era «la organización de un régimen político oligárquico» (tomado de Solé Turá y Eliseo Aja, *Constituciones y periodos constituyentes en España 1808-1936*, Madrid, 1977, pág. 31). Duró sólo tres años y tres meses... Ahora que la ponencia constitucional discute el borrador debemos confiar en mejor destino para nuestra Constitución de 1978.

(28) *Ibidem*, pág. 155.

(29) *Ibidem*, pág. 161.

salieron a Europa en la década de los años sesenta. Asimismo, los exiliados antiabsolutistas y republicanos se diferencian de los progresistas en que aquéllos salen de la patria desde el poder, cuando éstos lo hacen desde la oposición. Finalmente, la creación por los republicanos del «gobierno en el exilio» es otra característica propia del exilio de 1939.

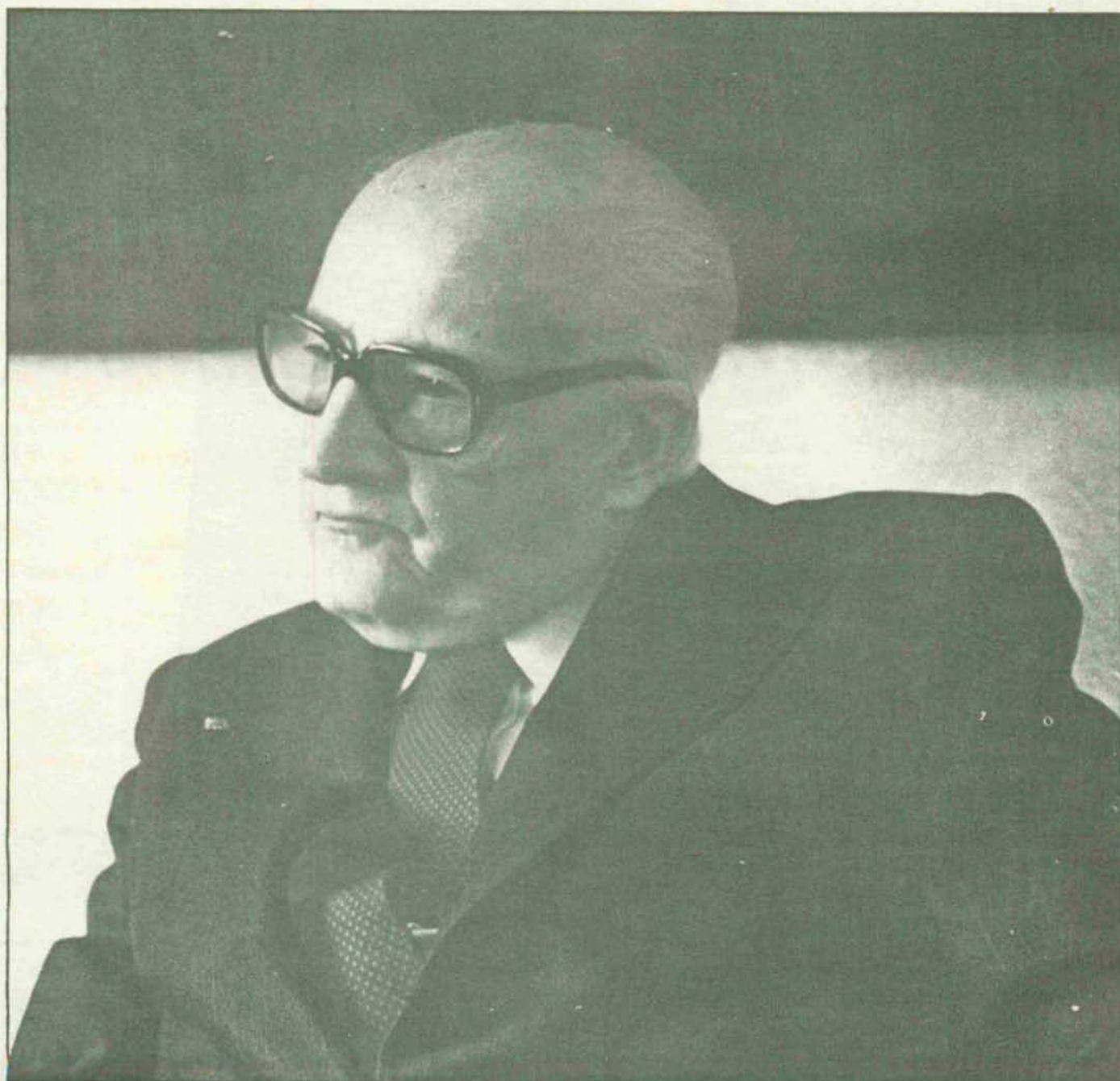
De otra parte, no he creído oportuno numerar la incidencia que sobre las ideas de los emigrados ejercieron los respectivos países de recepción (31), o la coordinación entre los exi-

(31) *Porque entiendo sinceramente que no fue excepcional, dado que los exiliados lo eran precisamente por sus ideas*

liados y el interior —tocado sólo por encima, someramente— aunque sin duda tienen un interés que excede esta escueta referencia.

Valgan, pues, estas consideraciones finales como ejemplo de lo que antes apuntábamos, en el convencimiento de que sin duda podrán ser más amplia y detalladamente abordadas en trabajos posteriores. ■ G. O.

européas. No obstante, Tuñón de Lara escribe (*La España del siglo XIX*, 3.^a ed., Barcelona, 1973, pág. 68): «la presencia de los emigrados en Francia e Inglaterra, ...ejerció gran influjo sobre las ideas políticas de los hombres que poco después iban a ocupar puestos dirigentes en la política española». (Digamos que se refiere a los exiliados antiabsolutistas en concreto).



El 21 de junio de 1977, en París, José Maldonado firmó lo que se conoce con el nombre de «Declaración de la Presidencia del Gobierno de la República Española en el exilio». (En la fotografía, José Maldonado).